

acaso tenemos la felicidad de alcanzar el dinero de la vida eterna: «Los últimos entónces se encontrarán los primeros, y los primeros los últimos» (1).

Observad, sin embargo, que esos obreros de la viña, aunque no hayan trabajado todos de la misma manera ni durante el mismo tiempo, todos, no obstante, cuál más cuál ménos, trabajaron el mismo dia, y ninguno ha recibido recompensa sin trabajo.

Hé ahí, pues, la importante y preciosa lección que resulta de esta importante parábola, y es que nadie, áun llamado á la fe, áun admitido ya en la viña mística de la Iglesia, recibirá la recompensa de la vida eterna, si de alguna manera no ha tomado parte en la estricta observancia de la ley de Dios. El que no trabaja no debe comer, y esa máxima corriente entre los hombres, es una ley mucho más inviolable con respecto á Dios. Porque si sin mérito alguno por nuestra parte nos ha criado, rescatado y llamado á la verdadera fe, no nos salvará, sin embargo, ni querrá salvarnos sin cooperacion por nuestra parte (2).

Si á los pobres gentiles sepultados en las tinieblas de la idolatría se les pregunta por qué no trabajan por adquirir las virtudes y la salvacion eterna, pueden contestar para excusarse: Nadie nos ha llamado para el trabajo: *Nemo nos conduxit*. Es decir, como lo explica San Gregorio, nadie nos ha predicado, nadie nos ha enseñado el camino de la vida eterna (3). Mas nosotros los cristianos, que desde la edad más tierna, desde el seno materno hemos sido llamados á la fe, hemos oido los oráculos de la verdad, ¿qué excusa podremos alegar en justificacion de nuestra indolencia y nuestra tibieza en ocuparnos de nuestra salvacion? (4).

Penetrémonos bien de esta doctrina, nos dice San Juan Crisóstomo; el comer, el beber, el dormir, en una palabra, todos los medios necesarios para la conservacion de la vida y de la existencia presente, son como el alimento y los refrescos que se dan á los trabajadores durante sus faenas (5). Pues bien, así como

(1) Et erunt novissimi primi et primi novissimi. (*Evang.*)

(2) Qui fecit te sine te, non salvabit te sine te. (*S. Aug.*)

(3) Nullus nos vias vitæ prædicavit. (*S. Greg.*)

(4) Quid nos in bono opere cessantes in excusationem nostram dicturi sumus qui à matris utero ad fidem venimus, qui verba vitæ ab incunabulis audivimus? (*Ibid.*)

(5) Non sunt opera nostra, sed diaria. (*S. Joan. Chrys.*)

nadie envia un trabajador á su viña para darle de comer y de beber, sino para que trabaje en ella, del mismo modo Dios no nos ha puesto en el mundo para que sólo pensemos en hacer fortuna, en mejorar nuestra condicion, en sustentar nuestro cuerpo, sino para que ante todo, y sobre todo, pensemos en salvar nuestra alma; no nos ha colocado en él para que no tengamos que ocuparnos más que de nosotros mismos, á merced de nuestras pasiones, sino para que, sometiéndonos á sus leyes, procurémos su gloria (1).

Del mismo modo que el obrero pone todo su cuidado y atencion en el trabajo para que ha sido llamado, y sólo secundariamente y como á escondidas puede ocuparse de sus comidas, así nosotros, mercenarios asalariados de Jesucristo, debemos ante todo atender á cumplir la voluntad de Dios, á practicar la justicia en la viña de su religion; debemos ocuparnos desde luégo y principalmente en Dios, y en seguida, como á escondidas, de lo que concierne á nosotros mismos (2).

Del mismo modo que el jornalero el dia en que no ha trabajado se avergüenza al presentarse por la noche en casa del amo y no pide la cena, así tú, ¡oh cristiano! ¿cómo no te ruborizas de entrar en la Iglesia, de presentarte delante del Supremo Dueño, y pedirle tu pan cotidiano, tu recompensa y su reino, cuando durante el dia de la vida presente no haces ningun bien con relacion á la vida futura? (3). Si el mercenario no trabaja para el amo y no piensa más que en comer, beber y dormir, inútil es que el amo le tome á jornal, porque tan ocioso permanece en la viña como lo estaba en la plaza pública: *Qui statis tota die otiosi?* Así, si nosotros no nos ocupamos más que de nuestros intereses y comodidades, si todo lo concentramos en la vida presente, si olvi-

(1) Sicut nemo mercenarium conduit ut solum manducet; sic et nos ideo vocati sumus, non ut sola operemur quæ ad nostrum usum pertinent, sed quæ ad gloriam Dei. (*S. Joan. Chrys.*)

(2) Sicut mercenarius prius aspicit opus suum, deinde diaria sua, sic nos mercenarii Christi primum adspicere debemus quæ ad gloriam Dei pertinent, deinde quæ ad nostram utilitatem. (*S. Joan. Chrys.*)

(3) Sicut mercenarius qua die opus non fecerit, erubescit intrare domum et petere panem, quomodo tu non confunderis intrare ecclesiam et stare in conspectu Dei et dicere: Panem nostrum da nobis hodie, adveniat regnum tuum? (*Ibid.*)

damos el porvenir, hacemos una vida completamente vana, inútil y ociosa sobre la tierra (1). Hé aquí por qué, añade San Gregorio, toda esa multitud de hombres que pueblan las calles, las plazas, las oficinas, los tribunales, que van y vienen, se agitan, se aprietan unos á otros, intrigan, se extenuan de fatiga y de cansancio desde por la mañana hasta por la noche, como no hacen todo eso más que por los intereses del tiempo, por la vida del cuerpo y por satisfacer pasiones desarregladas, á pesar de su movimiento continuo no salen de su inacción, y á pesar de sus afa-nes y sudores delante de Dios permanecen en completa ociosidad, porque no ejecutan de modo alguno la obra de Dios y de su salvacion, descuidando tambien su primer deber, y perdiendo de vista el único objeto para el que han sido introducidos en la viña de la verdadera religion y de la verdadera Iglesia (2).

¿Son acaso en corto número los que entre los cristianos llevan una vida tan inútil y tan vana? ¡Ay! ¿Cuál es hoy en el Cristianismo la vida del mayor número? Una vida que en su mejor parte es absorbida por los negocios y los afanes del tiempo, y el resto por las comidas, el sueño, los pasatiempos, las visitas, las conversaciones, los espectáculos y los juegos. Es una vida á que se acomoda muy bien la voluntad con sus correspondientes el amor y la amistad, la glotonería con sus excesos, el interes con sus fraudes, la vanidad con sus modas, la ambicion con su fausto, el ódio con sus calumnias, y la envidia con su maledicencia. Es una vida, en una palabra, en la que todas las pasiones tienen su desarrollo, todos los apetitos su pábulo, todos los instintos su satisfaccion, todo hombre animal y carnal su contento, mientras que no se descubre la menor huella del hombre espiritual y cristiano. Excepto algunas visitas á la Iglesia, á donde la mayoría de las personas acude atraída por el respeto humano, por la curiosidad, por la música, por la vanidad ó por algun afecto del corazón; salvo la asistencia á una corta misa una vez en la semana, excepto una comunión sacrilega una vez al año, jamas suelen hacer la señal de la cruz, jamas una corta oracion cada día,

(1) Si sola facimus quæ ad nostram pertinent utilitatem sine causa vivimus super terram. (S. Joan. Chrys.)

(2) Qui sibi vivit, qui carnis suæ voluptatibus pascitur, recte otiosus regarduitur, quia fructum divini operis non sectatur. (S. Greg.)

jamás un solo pensamiento para la salvacion de su alma, jamás una sola y verdadera práctica de religion.

Oidles: la meditacion no saben hacerla, la oracion les fatiga, la lectura espiritual les fastidia, el retiro les causa el pavor, el pensamiento de la muerte les quita el sueño, el ayuno les debilita, el estar de rodillas les hace daño al estómago, y el exámen de conciencia les llena de escrúpulos. Les falta tiempo para frecuentar los sacramentos, los sermones les producen dolor de cabeza, la fuga del mundo y la penitencia son buenas para los monjes, el socorro de los pobres y el visitar los enfermos es propio de los *fate ben fratelli* (1) ó de las hermanas de la Caridad.

Pues bien, cuando esa vida sensual, muelle, disipada, en que todo es para el cuerpo y nada para el alma, todo para el mundo y nada para Dios, todo para el vicio y nada para la virtud; cuando esa vida, en que á la omision de todo bien se junta la perpetracion de todo lo que es malo; cuando esa vida ha llegado á ser comun, no tan sólo á los nobles sino á la clase media, no sólo á los grandes sino hasta al pueblo; cuando la inmensa mayoría de los cristianos pasa los días y los años en una vituperable y hasta punible inacción, con respecto á su salvacion eterna, y que léjos de hacer para ello el más insignificante sacrificio hacen esfuerzos para perderse, ¿tiene nada de extraño que sea muy corto el número de lo que se salvan?

Hé ahí explicado el terrible enigma con que Jesucristo concluyó la parábola de este día: «Muchos son los llamados, y pocos los elegidos» (2).

Como son en corto número los que reúnen las condiciones necesarias y la indispensable de hacer el bien para salvarse, debemos mirar como de una verdad rigurosa y lógica la terrible consecuencia de que es muy pequeño el número de los que se salvan. Como son muy pocos los que procuran realizar en sí mismos el mérito de la vida cristiana, debemos concluir que es corto el número de los que obtienen la recompensa. Es decir, que la vocacion es para un gran número, es para todos, es el efecto de la misericordia divina; y la eleccion es para muy pocos; y si su nú-

(1) Nombre que vulgarmente se da en Italia á los frailes de San Juan de Dios.

(2) Multi enim sunt vocati, pauci vero electi. (Evang.)

mero es corto, preciso es atribuirlo á la maldad de los hombres: *Multi sunt vocati, pauci vero electi.*

Sin embargo, no os abandoneis á la aficcion, añade San Gregorio, ni os contenteis con decir: «¿Quién sabe si nosotros formaremos parte de ese corto número?» Desde ahora podemos saber si estaremos entre los réprobos ó entre los elegidos. Que cada uno fije su atencion en sí mismo; que examine si es ocioso ó diligente, si trabaja en la viña del Señor ó en la del demonio, si trabaja para el cuerpo ó para el alma, para la virtud ó para el vicio, para el cielo ó para el infierno, y sabrá cuál es el destino que le aguarda; que cada uno vea lo que es, y sabrá tambien lo que será algun día (1).

El apóstol San Pedro, desenvolviendo el pensamiento de Nuestro Señor Jesucristo, nos ha dicho todo lo que puede tener de terrible, recomendándonos que hagamos seguros nuestra vocacion y nuestra eleccion por medio de las buenas obras (2); nos ha invitado á completar el papel de la misericordia divina; nos ha asegurado por una parte, que es de fe que Dios quiere salvarnos, que para todos se halla expedito el camino que conduce al cielo, y que su puerta está abierta para todos; y por otra, que en realidad de nosotros depende el llegar ó no llegar á él. No tenemos, pues, necesidad de calentarnos la cabeza, ni atormentarnos, para saber si seremos ó no del número de los predestinados. Con tal que hayamos trabajado bien en la viña del Señor, recibiremos tambien nuestro dinero en la noche de la vida, é infaliblemente nos salvarémos. Nuestra eleccion se encuentra en nuestras manos; depende de nosotros, nos la aseguramos con nuestras obras. La vida y la muerte, el paraíso y el infierno están en nuestras manos, segun lo que hayamos escogido. Si yo observo la ley de Dios, si observo su religion, entraré en la vida eterna (3): si me condeno, no podré culpar más que á mí mismo. Para salvarme, no tengo más que dar la última mano á la obra que Dios ha comenzado: me ha llamado, y es preciso que res-

(1) Penset unusquisque quid agat, et consideret si in vinea Dei laboret. (*S. Greg.*)

(2) Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis. (II, *Petr.*, 1.)

(3) Si vis ad vitam ingredi, serva mandata. (*Matth.*, XIX.)

ponda; me ha introducido en la viña de su predileccion, en la Iglesia, y es necesario que yo trabaje en ella; Dios ha hecho lo más, á mí me resta hacer lo ménos.

El reino de Dios no es la recompensa de los ociosos y de los parásitos, sino de los diligentes y de los fuertes que en el día de su vida han llevado el peso del trabajo y del calor; no se obtiene por sólo la fe, sino tambien por la accion; no consiste en palabras, sino en efectos (1).

Así, pues, si queremos el fin, pongamos en práctica los medios; si queremos llegar á la patria, sigamos el camino que conduce á ella; si queremos el dinero, el salario, hagamos la labor que nos ha sido impuesta; esforcémonos en responder al llamamiento divino; en secundar la eleccion divina por la práctica de la vida cristiana, y estemos seguros de que fácil é infaliblemente nos será abierta la puerta y concedida la entrada en el eterno reino de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2).

SEGUNDO PUNTO. Pero algunos quizás dirán que Dios no nos llama á todos á renunciar al mundo y á vivir en el claustro. ¿Cómo es posible no hacer la vida del mundo cuando nos vemos lanzados al mundo y obligados á vivir en medio de él?

Lo que hacemos, lo hacen todos; nuestros iguales no viven de otro modo. Compelidos por la constitucion misma de la sociedad á acomodarnos á los usos recibidos, no podemos adoptar para nosotros solos una conducta singular, estravagante, y extraña. No es posible contrarestar el torrente de la multitud: para vivir entre los mundanos, es de absoluta necesidad el conformarse con su vida.

A esa objecion pueden darse dos respuestas: la primera, que habiendo dicho el Señor que el camino que conduce á la vida es estrecho y que pocos entran en él, y que el que conduce á la perdicion es ancho; y que el mayor número se precipita por él, ha declarado manifiestamente que el colocarse al lado de la multitud y seguir sus usos, sus máximas y sus ejemplos, es una señal de reprobacion y de muerte.

¡Desgraciado, pues, del que adopta las costumbres del siglo

(1) Regnum Dei non est in sermone, sed in virtute. (*Orig.*)

(2) Sic enim abundanter ministrabitur vobis introitus in æternum regnum Domini Nostri Jesu Christi. (II, *Petr.*, 1.)

como regla y norma de sus acciones!..... ¡Desgraciado del que consulta al mundo más bien que al Evangelio! Las costumbres varían, pero el deber nunca. El vicio, al vulgarizarse, pierde su singularidad y su torpeza á los ojos de los hombres, pero de ningún modo pierde su malicia á los ojos de Dios. La pendiente que arrastra á la multitud hácia el vicio, hace la virtud más rara y más difícil, pero no justifica el desórden. Una vida profana en sí misma, por ser la del mayor número, no llega á ser cristiana. Decir, es la costumbre, es la práctica general, no es una razón valedera para con Dios; contra la santa severidad del Evangelio, no hay costumbre que excuse, no hay prescripción que valga. La costumbre jamás puede servir de excusa en favor de los que la siguen, porque el mismo Dios nos ha prohibido seguirla.

Nuestra suerte depende de la justicia de Dios, y no de la opinión del mundo. Serémos juzgados por los ejemplos de Jesucristo y de los santos, y no por la vida de los partidarios del siglo; por las máximas del Evangelio, y no por las costumbres y las necias opiniones del mundo. Se verá lo que vale la conformidad con las costumbres del siglo, ó la conformidad con el Evangelio, cuando llegue el día de la separación de justos y pecadores, de elegidos y réprobos. Pensemos bien en ello; Dios no se intimida en manera alguna por la multitud de los culpables. El número de éstos no le impidió envolver en un diluvio de fuego á cinco ciudades enteras, y con un diluvio de agua al género humano todo entero. Si observais una conducta desarreglada con el mayor número, con él también pereceréis.

La segunda respuesta será, que tampoco es cierto que sea imposible vivir en el mundo sin cesar de ser cristiano, y sin abjurar el Cristianismo; que no es cierto que se pueda existir en el mundo sin dejar de pertenecer á Jesucristo. Cuando Elías se quejaba con dulzura á Dios de que todo Israel se dejaba arrastrar por las costumbres de las naciones idólatras, el Señor le respondió que en aquel pueblo conservaba siete mil servidores fieles, que no habían doblado la rodilla ante Baal.

Nosotros podemos probar también, para nuestro consuelo, que á pesar de la corrupción del siglo, existe todavía en el mundo un gran número de fieles que viven como si estuviesen fuera de él; que en este mundo subllunar, al lado de un mundo material,

corrompido, vicioso, ligero, frívolo, loco, absurdo, vicioso, injusto, inicuo, inconsecuente, voluptuoso, sensual y pagano, hay otro mundo sabio, prudente, sólido, justo, piadoso, religioso y cristiano; y en fin, que hay un gran número de gentes que viven en el mundo y con el mundo sin pertenecer á él.

Sí, el sacerdocio cuenta todavía sus Phinés, el trono sus Josías, la magistratura sus Samuel, la milicia sus Josué, la grandeza sus Abraham, la juventud sus Daniel, los habitantes de los campos sus Jacob, la corte sus Mardoqueo, la vida conyugal sus Susana, la viudez sus Judith, personas todas que demuestran con su ejemplo, que aún en medio del mundo se puede vivir sin participar de la corrupción, de la frivolidad y de la iniquidad del mundo.

¡Cuántos hay, no sólo entre los hombres sino entre las mujeres, no sólo entre los viejos sino entre los jóvenes, no sólo entre el pueblo sino entre los grandes, no sólo entre los ignorantes sino entre los sabios, que sobreponiéndose á los usos, las preocupaciones, las máximas y las costumbres profanas, ponen todo su estudio y su conato en arreglar su vida á las máximas, las leyes y los principios del Cristianismo, y que sin hacer caso de las opiniones de los hombres no ambicionan más que complacer á Dios! ¡Que no se doblegan por condescendencias, ni retroceden por temor á la crítica; que no se degradan, ni se desalientan, ni se vuelven atrás por miedo á los folletos, las burlas y la irrisión; que desprecian y huellan las máximas de los libertinos, las imputaciones de los malévolos, los juicios, los chismes y los sarcasmos del mundo; que toman consejo, no de la pasión sino del deber; no del mundo y de la carne sino del Evangelio; que fieles á todos los deberes de las conveniencias, no se abstienen más que de los teatros, de las conversaciones y diversiones corruptoras, y de las vanas pompas mundanales, que forman de su casa un lugar de retiro, asilo de la verdadera religión y de la verdadera piedad, y se dedican á la educación de sus hijos, á cuidar de los verdaderos intereses de la familia y de los deberes de su estado; que saben compartir tan bien su tiempo, que sin faltar en nada á las obligaciones de su estado y á su tierna solicitud por la familia, se reservan el suficiente para atender á sus deberes de cristianos, y para los ejercicios de piedad y las buenas obras; que son muy celosos de la justicia, reservados en sus

discursos, modestos y graves en sus costumbres y en toda su conducta, respetando siempre la reputacion del prójimo, piadosos, fervorosos y protectores afectuosos de los pobres; en una palabra, que saben lo que es ser todo de Dios y de la virtud, sin rehusar al mundo nada de lo que tiene derecho de exigir, y de lo que le son deudores; que sin salir del mundo saben evitar la corrupcion, edificándole y condenándole á un mismo tiempo con el espectáculo de su piedad!

Esos verdaderos cristianos, ¿son tal vez ménos estimados, ménos reverenciados, y ménos apreciados del mundo? ¿No son buscados con afan? ¿No se conceptúan todos felices en tenerlos por amigos, y en enlazarse con su familia? ¿No están rodeados del respeto, la confianza y el afecto de todos? Esos mismos hombres que en un momento de delirio, de locura ó de envidia critican y ridiculizan su sencillez, su reserva, su modestia, su alejamiento del mundo, ¿no son los primeros en recurrir á ellos cuando se trata de confiar un depósito, de pedir un favor, de concluir un matrimonio, etc.? ¿No prefieren á los insensatos partidarios del mundo, á esos verdaderos cristianos que no se prevalecen de la preeminencia de los dones del cielo; tan admirados del mundo, nobleza, hermosura, talento, fortuna, juventud, sino para hacer á Dios el sacrificio de ellos, y honrar la religion y la moral cristiana? La supuesta sinceridad de renunciar á la vida cristiana para vivir en el mundo, no es, pues, que la miserable excusa de una alma apocada y envilecida, de una alma que no tiene el valor de imitar en el mundo todo cuanto en él se encuentra de más excelente.

Tales son, pues, los modelos que es preciso imitar: si ellos pueden ser cristianos en el mundo, ¿por qué no hemos de poder serlo nosotros? Jesucristo os juzgará comparándoos con ellos. Lo que esos han podido, por qué no lo habeis podido vosotros, sino porque no habeis querido? La excusa del ejemplo no os servirá de nada; en vuestro mismo estado, en vuestra misma condicion, en las personas de vuestro rango, tuvisteis excelentes ejemplos, como tuvisteis escándalos: ¿qué excusa podréis alegar para haber olvidado los primeros y cedido á los segundos?

Imitad, pues, á aquéllos como vuestros modelos, si no queréis algun dia tenerlos por vuestros jueces. ¿Son en corto número? Colocaos en el número pequeño, si quereis salvaros con

él. Ocupaos como ellos en hacer cierta, eficaz y activa vuestra vocacion á la fe, y vuestra eleccion; y como á ellos, Jesucristo os llamará tambien á vosotros á partipar de su eterno reino. *Fratres, magis satagite ut per bona opera certam vestram vocacionem et electionem faciatis: sic enim abundanter ministrabitur vobis introitus in æternum regnum Domini Nostri et Salvatori Jesu-christi.* Así sea.